

Miscelánea

TEXTO ESCOGIDO: LORENZO MILANI, «A GIANPAOLO MEUCCI»¹

Querido Gianni:

Gracias por haber hablado de Barbiana a Sabatini. Desde la tarde que tú estabas aquí y los muchachos hablaban de la carretera, hasta hoy, he vuelto a preguntarme si era mi obligación empeñarme en que se haga la carretera.

Si hubiera concluido que sí, me hubieras visto muchas veces ir a daros la tabarra a La Pira y a ti e incluso también dársela a Sabatini en Roma. Sin embargo, no he concluido ni por el sí ni por el no, por este razonamiento: si fuera posible destinar apostá una cantidad (¡y ojalá sustraída a los armamentos!) para Barbiana, por encima de la ya existente en el presupuesto para la montaña, tal vez entonces sería decente y obligatorio empeñarse. Pero si se trata de desviar una cantidad de una Barbiana, quizás más Barbiana que ésta, para gastarla en Barbiana, sólo porque «os he roto» a ti, Piro o Sabatini comprenderás que sería una vulgaridad.

Así que prefiero seguir aquí quieto haciendo escuela.

Por lo demás, también la escuela produce carreteras. Hace ya dos semanas que los chicos de San Donato suben hasta aquí, al atrio, con los Fiat mil. En cuanto tengamos otros dos días de buen tiempo llegarán los 1400. El milagro ha sido reali-



1. José Luis CORZO TORAL. «A Giampaolo Meucci», *Dar la palabra a los pobres. Cartas de Lorenzo Milani*, Acción Cultural Cristiana, Madrid, 1995, 33-35.

zado por sus hermanos, los chicos de Barbiana, que han trabajado, naturalmente gratis. Ni siquiera le he dado de beber (porque estoy en contra), ni de fumar (porque estoy en contra). Cualquiera otro hubiera pasado por avaro. Sin embargo, yo, como buen judío, tengo la escuela, con la que puedo ilustrar los daños del beber y del fumar y ahorrarme un montón de duros.

Han puesto decenas de barreros, muchos cimientos y muchas jornadas de trabajo. Y todo con un frío perro. Ayer, por ejemplo, han trabajado todo el día bajo una tramontana helada y hasta nieve. Han hecho una gran hoguera en medio de la carretera y a cada poco iban allí a calentarse. ¡Y luego dicen que la juventud quiere diversiones! Otros dicen que quieren organizaciones. Y otros que quieren un ideal de partido. Ya nadie imagina que se pueda invitar a regalar sólo por afecto.

Pero ahora volvamos al asunto de la carretera y te aclararé que de hecho no es definitivo y que no estoy del todo seguro de si debo entregarme totalmente a ello o no. Incluso porque no creo que haya que encerrarlos aquí en la montaña. Más bien creo que hay que amarlos así como son y que a mí me toca darles algo, pero sólo un juicio moral de lo que hacen o piensan hacer.

Y ahí va bien hablar de nuestro proyectado periódico (de inspiración cristiana, que pensaban titular «Las Doce»). Cuando vosotros escribís, si he comprendido bien, pretendéis encontrar la manera de que las cosas vayan mejor. Os gustaría conocer las mejores leyes y los mejores gobiernos para descargar sobre ellos las palancas del mando y conseguir que los pobres sean finalmente respetados y que la Iglesia no haga tan mal papel. Pues si es así, yo no puedo darte ningún consejo sobre el periódico, porque de eso no entiendo.

Veo que sois todos muy cultos, mientras que yo me entretengo con estudios de ningún relieve social, como el hebreo. Veo que leéis muchísimo y estáis siempre al corriente de cuanto moderno y genial se pare en el mundo; mientras que yo paso gran parte del día haciendo charlar a unos analfabetos para beneficiarles a ellos y enriquecerme yo de un montón de cosas que de ellos puedo aprender. Y así sucede cuando escribo, tenéis la impresión de que escribe un analfabeto, porque nunca se ve el rastro de otras muchas lecturas, como sucede, sin embargo, en vuestros escritos. Os servís de términos y citas y nombres propios que en las personas que os leen aluden a millones de conocimientos antes adquiridos. Yo, en cambio, uso casa palabra como si la usara por primera vez en la historia, como acostumbran a hacer los analfabetos y los que quieren dirigirse a ellos eficazmente. Así que os hago reír de compasión y os pasáis unos a otros mis escritos como pasaríais un objeto tallado en madera por un salvaje. Pero convencidos en vuestro corazón de que me equivoco al encerrarme, mientras vosotros estáis en línea al abriros al mundo de cultura moderna.

Todo esto para hacerte comprender que ni puedo darte un juicio sobre el periódico, ni escribir en él, porque me siento ante vosotros como un mosquito. Sin embargo, puedo escribirte a ti, como hago ahora, y volver a preguntarte por enésima vez lo que golpea monótonamente en mi cerebro, aunque no tenga nada que ver. Mándame al diablo o al manicomio, pero yo quisiera saber de ti (y también deseo desde hace mucho tiempo saberlo de Dossetti y de Benedetto) para qué sirve desperdiciar buenas inteligencias y culturas y corazones de oro en abundancia, como los vuestros, para luego dirigirse a los intelectuales.

Ya sé que les interesáis por la montaña, Asia y el sindicato, es decir, por los marginados, pero eso no quita que os consideréis un todo solidario (es decir, sabéis que escribís a los intelectuales y que los intelectuales os leen). Vuestro periódico no es más que una inmensa mas-

turbación. También quien se masturba cree justificar su estéril acto al dirigir todo su pensamiento hacia una mujer, pero mientras tanto con la mujer no ha estado. ¿Y qué ha hecho? ¡Una paja! Lo mismo que vosotros, a los pobres, cuando habláis de ellos a los no pobres, no les hacéis más que una paja, nada.

Sí, ya sé que estáis entre los pobres de la mañana a la noche y que conoces todo o casi todo sobre las riadas del Arno. También sé que tu trabajo, es decir, el de La Pira, produce un magnífico remusguillo en las conciencias del mundo burgués y puede que también en las de los pobres (?). Os admiro y os quiero y rezo por vosotros para que todo os salga bien, pero cuando pienso en vuestra riqueza intelectual y en la pobreza intelectual de otros no puedo menos que pensar que escribiendo una revista para los ricos os desperdiciáis vulgarmente.

¿A qué esperas para cerrarte a cualquier otra actividad y escribir un tratadillo elemental, baratísimo y clarísimo de Derecho? ¿Tú quieres que reinen pronto los pobres? ¿Quieres que reinen bien? Pues escribe para ellos un libro o un periódico, o hazte apóstol entre tus compañeros católicos universitarios para dar vida a una grandiosa escuela popular en Florencia. No como un regalo para los pobres, sino como una deuda que hay que pagarles y un regalo que tenemos que recibir. No para enseñar, sino sólo para dar los medios técnicos (la lengua) a los pobres, para que ellos puedan enseñaros a vosotros las inagotables riquezas de equilibrio, sabiduría, concreción, religiosidad potencial que Dios ha escondido en su corazón como para compensarlos de la especulación cultural de que son víctimas.

Evidentemente la escuela estará dedicada a Sócrates y no al Sagrado Corazón, precisamente como homenaje de este rendirse la cultura y el tipo de catolicismo imperante frente a



los nuevos elegidos. Así que no les entregaremos las cosas que hemos construido y que se están cayendo por todas partes, sino sólo las herramientas del oficio (esto es, ante todo la lengua, los idiomas, etc.) para que con ellas construyan cosas completamente diferentes de las nuestras y no bajo nuestro alto patronato ni paternal complacencia.

A propósito de Sócrates ¿no te he contado la conmoción que suscitó la lectura de la Apología en San Donato de Calenzano? Jamás habíamos encontrado nada que expresara tan precisamente nuestro ideal.

Y ahora lo dejo, porque si no también yo pierdo tiempo hablando con un intelectual y, además, porque siempre creo que tú tendrás preparado enseguida para responderme otro punto de vista mucho más genial y desde el que aparezca todo lo contrario de lo que he dicho y, una vez más, volveré a pasar por un montañés del siglo pasado. Pues si es así, vete al diablo, o mejor, estate quieto en tu alto reino y escribe hermosas revistas, inteligentes y buenas, como estimo la vuestra. Pero yo, con tu permiso, seguiré pensando que una hora de mi escuela en Barbiana vale más que las «Doce» en poder de todos los intelectuales de Italia. No porque yo valga más, sino porque vale más el público que me he elegido.

De la carta que te escribí la otra vez es absolutamente imposible darte permiso de publicarla, porque ni siquiera consigo recordar de qué habla y, en cualquier caso, estoy seguro de que debía ser algo personal como todo lo que uno encierra en un sobre cuidadosamente lamido y sellado.

Gracias por el tratado sobre impuestos. En nuestro trabajo hemos suprimido las tasas y lo citaremos sólo fugazmente.

En vez de dejar de enviarme «La Gaceta de los trabajadores» me ha llegado una divertidísima y fraterna carta de Agelo Costa para incitarme a acogerlo como hacen todos los demás párrocos de Italia. Ahora le responderé yo y luego, si un día ves a Bernabei, pregúntale si puede hacer algo para prevenir a los curas contra tal periódico.

El artículo de E. Balducci sobre la Santa Alianza es muy bonito. Sin embargo, cuando tú escribes hace falta el diccionario y una hora de tiempo. Lo que tu dices en una página de cuatro columnas, si me das un mes, te lo digo yo en cuatro líneas y no falta una sola palabra necesaria. No lo digo por presumir, naturalmente. Y consuélate, porque tus artículos de *Il Mattino* siempre los leo cuidadosamente y siempre te aprecio, aunque maldiga el tiempo que me haces perder y que podrías ahorrarme si estuvieras algún día mas escribiendo.

Un abrazo afectuoso

LORENZO



P.D. Por el hecho de que los chicos de San Donato vengán hasta aquí arriba con los coches, no creas que puedes hacerlo también tú. Ellos vienen porque son buenos y porque conducen coches ¡alquilados! Ninguna persona traería aquí arriba un coche propio.